

## Crisis y capital en Marx

Ciro Mesa Moreno

Ciro Mesa es catedrático de Filosofía en la Universidad de La Laguna. Autor de la monografía *Emancipación frustrada. Sobre el concepto de historia en Marx, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004. Especialista en la filosofía clásica alemana, Teoría Crítica y Hermenéutica.*

*Wir brauchen keinen Hurrikan / Wir brauchen keinen Taifun / Was der an Schrecken tuen kann / Das können wir selber tun*  
(B. BRECHT Y K. WEILL)

1. Citaré por la *Marx-Engels Werke* (MEW), Berlín, Dietz, 1956 y ss. La primera cifra entre paréntesis se refiere al tomo, la segunda a la página. Las traducciones son propias.

2. Expresión actual de esto podría ser la extensión del lema «¡Salvemnos a la banca!»

3. Marx no dispuso de tiempo ni de fuerzas para llevar a término el programa completo de su crítica de la economía política. El lugar de la teoría de la crisis debía ser el tratado sobre el «proceso global de la producción capitalista», tratado del que sólo disponemos las indicaciones contenidas en los manuscritos en torno a *El Capital I*, especialmente los editados como volúmenes II y III de esa obra, los tres tomos de *Teorías de la Plusvalía* y los *Grundrisse*.

4. Cada crisis histórica o vivida conscientemente (1825, 1836, 1845/7, 1857/58, 1867) ocasiona un estudio de las condiciones y circunstancias concretas de cada una de ellas. La correspondencia cruzada indica hasta qué punto esos fenómenos marcan incluso el ritmo y los intereses del trabajo teórico. Los escritos de madurez de Marx pueden leerse como el resultado de un largo, penoso e inconcluso proceso de aprendizaje. Esto debe tenerse siempre presente al interpretar sus discursos sobre la crisis, donde entran en constante mediación el análisis conceptual y los estudios materiales de cada episodio. Así, por ejemplo, en la década de los 60 la experiencia de la rápida recomposición del sistema económico condiciona una interpretación funcional del vínculo entre los cataclismos del mercado mundial y la reproducción del capital, con el resultado de un mayor escepticismo respecto a la creencia en la inminencia del derrumbe del orden social burgués como efecto inmediato de la crisis.

La modernidad no es una época de desmitologización. No para Marx. Sus textos muestran la sociedad comandada por el capital como una maquinaria de producir espejismos, alucinógena en un sentido literal. Las crisis, un momento necesario de su desarrollo, destruyen la apariencia de racionalidad. Ellas, según Marx, hacen salir a la luz «las contradicciones de la economía burguesa» (26.2, 535)<sup>1</sup>. Las crisis desmoronan la falsa expectativa de estabilidad, pero ocasionan también nuevas formas de embrujo<sup>2</sup>, por ejemplo, aceptar como un destino inevitable su naturalidad o achacar a un desarreglo parcial el desastre en el todo, cuando es precisamente el todo de la socialización capitalista el desastre. Contra esto, el pensamiento marxiano muestra la necesidad del vínculo entre socialización capitalista y crisis. Enseña que el desarrollo de la sociedad capitalista tiene que transcurrir a través de crisis, destrucción y catástrofes. Y que la eliminación de las crisis dependerá de la superación del capitalismo.

### I

Marx pensaba que la ciencia económica burguesa no puede sino soslayar el problema de la crisis, hasta el punto de elaborarlo como un enigma irresoluble o traducirlo a unos términos que inducen al olvido de su dimensión estructural. Plantearlo sin encubrimiento implica cuestionar la sociedad capitalista en su contradictoriedad constitutiva, esto es, como una forma transitoria, no absoluta –y finalmente absurda– de organizar la producción social. La «crítica de la economía política», en cambio, puesto que su horizonte es la transformación radical de esa sociedad, no sólo puede preguntar por la crisis, sino que, en algún sentido, se constituye toda ella como un desarrollo de esa pregunta. Ciertamente, Marx no llegó a elaborar la teoría –tantas veces prometida y postergada– de la crisis económica<sup>3</sup>. Sin embargo, los desarrollos de las formas «dinero», «mercancía», «valor» y «capital», conducen una y otra vez a ese fenómeno. Sus estudios de madurez tratan de fijar en qué condiciones de la sociedad burguesa se ocasionan las crisis que periódicamente la asolan, acontecimientos que constituyen para él una de sus determinaciones fundamentales<sup>4</sup>.

La explicación marxiana de la crisis parte del análisis de la peculiar socialización a través del valor que caracteriza a la sociedad capitalista. El valor no debe pensarse como una cosa ni como un atributo de las cosas, sino que constituye una relación social. Valor se da en un proceso que consiste en un movimiento constante de autoprocesamiento. Valor se autovaloriza en la forma de aumento cuantitativo de sí mismo: «plusvalor». Al realizar ese proceso adopta la forma «capital». Y la valorización carece de límites o metas externas al aumento mismo del valor. A través de un movimiento que, como escribe Marx,

«no tiene medida» (23, 167), la organización de la producción social capitalista se orienta enteramente hacia el objetivo del plusvalor, que sólo puede resultar del movimiento constantemente renovado del capital. Así pues, nos encontramos con una forma de mediación social regida por un proceso de generación de plusvalía, no sólo ilimitado, sino que tiene que saltar permanentemente sobre todo límite.

Marx caracterizó al valor valorizante con la impresionante metáfora «sujeto automático» (23, 169). Con esto indica que el sujeto real del proceso social, de la producción y el intercambio capitalista, no es la acción consciente de los productores ni, en general, de los individuos, sino la valorización. Que el proceso social hemos de pensarlo, no desde los conceptos de conciencia, libertad o espontaneidad, sino como un automatismo que somete la acción individual y cuya regla de oro es la del incremento del valor o, traducido a otros términos, del beneficio. Puesto que el plusvalor no puede tener otra fuente real que el plus-trabajo, el tiempo de trabajo no pagado, el funcionamiento de la sociedad socializada por el capital ha de ser necesariamente antagónico. Por una parte, la mediación social se constituye principalmente a través del complejo de prácticas y objetivaciones llamadas en general «trabajo»; por otra, éste es subsumido bajo el capital, sometido a su mando y expropiado. Y, al tiempo que es explotado, produce las condiciones y medios para la continuidad de su propia explotación. Por lo demás, puesto que el plusvalor –en virtud del automatismo antes indicado– tiene que volver a procesar como valor autoprocesante, el plus-trabajo capitalizado subsume y explota de nuevo al trabajo, se reproduce y reproduce su dominio.

Capital y trabajo conforman así, en Marx, una contraposición antagonista irreducible. La necesidad de la crisis es explicada en último término desde ese antagonismo. Veamos en qué sentido. Se entiende que la reproducción del capital necesita la vampirización continua de fuerza de trabajo. Pero ésta no puede darse sin su aplicación efectiva a la producción, sin trabajo inmediato. Por tanto, la valorización conlleva el aumento de la riqueza social y de la productividad de trabajo. Y esto a su vez interfiere, dificulta o bloquea la reproducción del capital. Marx sitúa aquí una contradicción sistémica cuya igualación explosiva son precisamente las crisis: no es posible que se dé un punto de equilibrio entre las necesidades de la explotación del trabajo y el desarrollo revolucionario de las fuerzas productivas por el capital. En el marco de un poder social movido por el hambre canina de plusvalor, la productividad se traduce en sobreproducción, y ésta finalmente, en «desvalorización general o destrucción de capital» (42,359) junto al desperdicio y la depreciación de la «capacidad viva de trabajo» (42, 360).

Las crisis sistémicas no nacen, pues, de la escasez o de la ineficiencia productiva, sino muy al contrario, de la sobreacumulación o «plethora» de capital (25, 261). Por eso constituyen sismógrafos privilegiados de los absurdos del capitalismo: sobrevienen porque, aunque se produzca demasiado poco, mal y mal distribuido para las necesidades sociales, se produce demasiado para la explotación; porque, aunque se produzca demasiado poco para el hambre de tantos, se produce demasiado para el hambre de beneficios. Ponen el exceso de capital junto al exceso de población; la sobra de medios de producción junto a la sobra de trabajo. Mientras el capital se desvaloriza o destruye, «las contradicciones», escribe Marx, «se desahogan en hecatombes de trabajadores» (23,621). Y después del colapso, recuperado de nuevo el «equilibrio adecuado» (adecuado para las

condiciones de explotación del trabajo por el capital), la maquinaria aspiradora de plusvalor se pone de nuevo en marcha. Hasta la siguiente, más destructiva: bajo el capital es seguro que habrá una siguiente. Bajo el dominio del valor valorizante, los trabajadores aparecen sólo como «máquinas para la producción de plusvalor», los capitalistas «sólo como máquinas para la transformación de ese plusvalor en pluscapital» (23, 621). Y, puesto que el sujeto de todo el proceso sigue su automatismo antagónico, la inmanencia de la autoconservación del capital como capital traerá una y otra vez crisis.

## II

La formación social capitalista tiene como una característica peculiar el que el plusvalor no sea completamente consumido y separado de la producción, sino que vuelve al capital como incremento suyo. Alcanzado cierto grado, se llega a la «sobrecumulación», definida por Marx como aquella situación en la que el capital necesario para los fines de la producción capitalista (el plusvalor) es igual a cero (25, 261). En esas condiciones, como hemos visto, el capital se desvaloriza o se destruye para conservarse (26.2, 496). Las crisis generales responden primariamente, por tanto, a la sobreproducción y sobreacumulación de capital. Ahora bien, sólo con esa interpretación general no se entiende su variabilidad y recurrencia, fenómenos de los que el análisis marxiano da cuenta desde la perspectiva del proceso social global.

Marx pensaba que la tecnificación creciente de la producción, esto es, el aumento en la «composición orgánica del capital», implicaría una proporción decreciente del tiempo de trabajo necesario en relación con el valor de los medios de producción (capital constante). Esto es, que la riqueza dependa cada vez menos del trabajo inmediato y más del sistema de máquinas, coordinado y sincronizado a escala planetaria. Se entiende de suyo que en el mundo convertido en un gigantesco «taller total», la producción de cada mercancía singular necesitará menos tiempo de trabajo que en la época de la manufactura. Y la tendencia civilizatoria del capital consiste precisamente en articular un sistema industrial coordinado a escala planetaria, automático y continuo, de producción y circulación, puesto en marcha por la acción de masas gigantescas de capital fijo. De esa creciente composición orgánica resulta concentración y centralización, crecimiento del capital financiero y formas más destructivas de crisis.

Marx y Engels supieron entender muy prontamente el papel central que el sistema crediticio y el capital ficticio<sup>5</sup> iban a cobrar en una fase de desarrollo en la que la relación-capital ya se enseñoreada del mercado mundial. Vieron cómo en lo financiero el capital acumulado se crea, por una parte, una esfera de circulación propia, de negocio especulativo autonomizado, y, por otra, se pone como disponible para las necesidades de la producción y la circulación<sup>6</sup>. El capital que genera intereses representa la forma más depurada y refinada de valor autoprocesante. En él se pone directamente el valor como resultado inmediato de sí mismo, sin el paso, siempre azaroso, lleno de avatares y obligaciones, por la producción y la circulación. Esa forma tiene, según Marx, que ganar un papel cada vez más protagonista en el desarrollo del modo de producción. La maquinaria financiera vendría a conferir a los intercambios la intensidad, continuidad y velocidad requeridas por el mercado mundial y el taller global.

5. Se denomina así a títulos que circulan a la caza de plusvalías desvinculados completamente de las mercancías o asignaciones de que son títulos. Vid. «Fiktives Kapital», en: *Historisch-Kritische Wörterbuch des Marxismus*, Vol. 4, Berlín, Argument, 1999.

6. Esto va a dar lugar, según Marx, a fenómenos sociales como la aparición de una «nueva aristocracia financiera, una nueva especie de parásitos con forma de proyectistas, socios fundadores o directores nominales; un sistema del embuste y el engaño en relación con las fundaciones, emisión de acciones y comercio de acciones» (25, 454). La concentración del capital financiero reconfigura el dominio dentro de las clases capitalistas. Por una parte, escribe Marx, «esa clase de parásitos adopta un poder fabuloso, no sólo para diezmar a los capitalistas industriales, sino incluso para influir del modo más peligroso en la producción» (25, 560). Por otra parte, ese poder no se asienta —como en los usos burgueses tradicionales— en las relaciones de propiedad, ya que los grandes especuladores no arriesgan lo suyo, «sino masas ingentes de riqueza social» (25, 455).

Los movimientos de reproducción y acumulación ganan aquí una nueva escala. También las crisis. «Banco y crédito», escribe, «se convierten en los medios más potentes para llevar la producción capitalista más allá de sus límites, y uno de los vehículos más poderosos de la crisis y la destrucción» (25, 620 y s.). La banca, la bolsa y las múltiples variedades de capital coordinan de tal modo el capital social que facilitan realizaciones productivas (Marx pensaba en los ferrocarriles y las minas) inabordables de otro modo. Al tiempo, posibilitan concentraciones de capital de dimensiones fabulosas. Y, puesto que, como es fácil entender, la masa del capital en funcionamiento determina la velocidad relativa de la acumulación, los proporcionalmente pequeños están condenados. La concentración los obliga «al camino de la aventura: especulación, créditos fallidos, engaños bursátiles, crisis» (25, 261). En definitiva, la espiral de acumulación y crisis es llevada de la mano del capital financiero a un nuevo nivel de destructividad. Aquí la violencia de la crisis actúa como palanca para la concentración de capitales, en las que, como señala Marx, «un solo capitalista liquida a muchos» (23, 790). A ese proceso, en el que por lo demás no se crea valor, sino una nueva distribución, lo denominó «centralización», la ley de «atracción del capital por el capital» (ib.). Grandes masas atraen con gran fuerza: los capitales relativamente pequeños acaban integrados en los grandes. Las crisis crean las condiciones de la absorción en masa de capital por capital.

### III

La explicación marxiana muestra las crisis como resultado inevitable de las contradicciones del modo de producción capitalista. Al tiempo, las presenta como medio que conserva y potencia el poder del capital, ya que desatascan las obturaciones por sobreacumulación del proceso de valorización y sirven a la centralización. Tenemos que considerar aún un nuevo aspecto de la función conservadora para el orden capitalista de la crisis: su efecto contrarrestante a la tendencia a la caída de la tasa de beneficios, esto es, al derrumbe económico.

Marx pensaba –y este era para él un supuesto material fundamental para confiar en la eliminación de las relaciones capitalistas– que la creciente composición orgánica lleva aparejada la caída gradual en la tasa de de beneficios (25, 222). Podría afirmarse que esto constituye la concreción en la sociedad capitalista de la contradicción entre desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción. Para un sistema cuyo alfa y omega es el beneficio, un decrecimiento progresivo de su tasa resulta catastrófico. Esa tendencia apunta en último término objetivamente al derrumbe. Claro que Marx no piensa esa ley como las que rigen los procesos naturales, y de hecho señala la existencia de «causas contrarrestantes» (25, 242-250) que entorpecen o suprimen la acción de la ley general. Las crisis, agudizadas por la disminución de la tasa de beneficios, producen a su vez el efecto de ralentizarla. Esa disminución, escribe, «fomenta sobreproducción, especulación, crisis, capital sobrante junto a población sobrante» (25, 252). A la inversa, las crisis frenan aquella disminución. Por una parte, como sabemos muy bien hoy, crean las condiciones para elevar el grado de explotación del trabajo; por otra, dejan sitio para el mantenimiento o el nuevo comienzo de la valorización.

La conclusión a que lleva el análisis que he venido describiendo es que las crisis económicas constituyen un medio para el fortalecimiento y la conservación del poder del

capital. Eliminan la sobreacumulación que obstaculiza la extracción de plusvalor; sirven a la centralización de capitales y, por tanto, a su dominio del trabajo; atrasan la formación de las condiciones objetivas para el desmoronamiento del capitalismo. Marx escribió en un borrador de carta 1881 que el desarrollo del capitalismo «no es más que una historia de antagonismos, crisis, conflictos y catástrofes» (19, 397). El sentido conservador de las crisis nos enseña que el desarrollo de la sociedad capitalista se realiza a través (y no a pesar) de la destrucción de riqueza, trabajadores y medio natural. ¿Podrá interrumpirse ese desarrollo? Esa posibilidad –si es que la humanidad no está condenada a seguirlo hasta la catástrofe final– tendrá finalmente que sustentarse en la constitución de los individuos como agentes de una transformación radical de la sociedad.<sup>7</sup> Y Marx pensaba que precisamente las crisis podrían actuar también de catalizadores para la formación de una subjetividad «práctico-crítica».

7. Una formulación impresionante de esta alternativa se encuentra en el protocolo de una discusión de los años 50 entre Adorno y Horkheimer: «ADORNO: Mi más interno sentimiento es que de momento todo está cerrado, pero que en cualquier instante todo puede cambiar: (...) No puedo representarme que haya un mundo llevado al disparate sin que se desencadenen fuerzas de oposición objetivas. HORKHEIMER: Yo, sin embargo, sí. Porque los hombres se extinguen. El mundo está loco y así permanece. En el fondo me puedo representar que la historia universal entera no es otra cosa que el vuelo de una palomilla de la luz que se acaba abrasando» (Max Horkheimer: *Gesammelte Schriften*, Vol. 19, Frankfurt, Fisher, 1996, pág. 47).

8. En los *Grundrisse* se lee: «Considerada la sociedad burguesa en su conjunto, la sociedad misma, esto es, el hombre en sus relaciones sociales, aparece como resultado último del proceso de producción social» (42, 608).

#### IV

La cuestión ahora planteada (que no tiene perfiles económicos, sino histórico-filosóficos o, si se quiere, políticos) requiere la transición desde la explicación de las bases de la sociedad capitalista hacia la idea de un sujeto constituyente. Una transición problemática, puesto que la dialéctica materialista obliga a considerar las formas subjetivas como objetivamente mediadas.<sup>8</sup> ¿Qué formas de humanidad propiciará el avance catastrófico del capital? Hemos visto que, para Marx, ese movimiento se presenta como resultado de una especie de «superpoderosa ley natural» (42, 642). La crisis global confronta al individuo, en su ser mera fuerza de trabajo, «en esa desnudez» (42, 384), con el peso desproporcionado de un mundo objetivo que lo aplasta. La destrucción de los medios de vida explota sobre los explotados, que sufren experiencias laminadoras de impotencia y extrañamiento. Marx da cuenta de las «leyes de hierro» del proceso capitalista como si se tratara de un acontecer de la historia natural. Su lenguaje se deja infiltrar de palabras como diluvio, terremoto, tormenta, cataclismo. Metáforas que tienen el fundamental sentido crítico de indicar la forma enajenante de las crisis para los individuos capitalizados, su inevitabilidad en el orden capitalista. Esa indicación expresa a un tiempo la urgencia de revocar prácticamente una sociedad caracterizada por la necesidad de producir catástrofes. El pensamiento de Marx se sostiene sobre la posibilidad de que los hombres sean capaces de negar una objetividad, por ellos mismos producida, que lleva al desastre final. El horizonte práctico de la teoría de la crisis es la idea de revolución.

Las crisis capitalistas serían como el jeroglífico de la crisis del capitalismo. Su nivel de destructividad indicaría el grado de tensión alcanzado por el antagonismo social. Crisis extremas del mercado mundial serían indicios de que se llega al punto en el cual las fuerzas productivas, «en lugar de poner la autovalorización del capital, la suprime» (42, 641). Claro que el capital, afirma Marx, realiza voladuras más o menos controladas que le permiten «emplear completamente su fuerza productiva sin cometer suicidio», pero ese proceso no podrá mantenerse indefinidamente: «esas catástrofes regularmente recurrentes conducen a su repetición en mayor escala, y finalmente a su derrumbe violento» (42, 643). Alcanzado determinado grado de destructividad del capital, confía en la formación de una praxis transformadora, consecuente con el desmoronamiento de la fachada de racionalidad del capitalismo.

La noción de «derrumbe» en Marx puede inducir al pensamiento de que el final de la sociedad capitalista acontece como una consumación o realización de la misma totalidad antagónica en su desarrollo objetivo. Henryk Grossmann, por ejemplo, llegó a creer posible una predicción exacta de la crisis última y del fin del capitalismo a partir de la ley de caída de la tasa de beneficios. La publicación de su obra en 1929 coincidió con una crisis sistémica profunda que, en lugar de a una sociedad liberada, condujo a la continuidad del capital por medio del fascismo, diversas formas de autoritarismo de estado y, finalmente, una guerra horrenda terriblemente resuelta. Es preciso, frente a las interpretaciones deterministas del derrumbe, volver a poner en primer plano la insistencia de la teoría crítica marxiana en la historicidad del capitalismo. Este pensamiento implica asumir la posibilidad de que las crisis también puedan desembocar en una orgía de destrucción. Dentro de la mediación de contingencia y determinación que es la historia, la praxis transformadora antes aludida no habría que derivarla directamente de la dinámica misma de la sociedad capitalista, sino asumir que, en todo caso, podría autoconstituirse a través de su negación. El discurso de Marx sobre los estatutos de la Internacional (1864) expresa muy bien esa idea de un sujeto que se transforma a sí mismo por medio de la misma praxis transformadora (16, 14). En el contexto de la crisis presente, eso podría traducirse en que la idea de una supresión del orden capitalista no exige la identificación de un sujeto revolucionario ya formado y organizado, sino suponer la posibilidad de cierta fuerza de negación en los explotados y desposeídos (incluyendo, claro, a las explotadas y desposeídas). Una aplicación consecuente de Marx entenderá que el objetivo de eliminar el trabajo asalariado va unido a la supresión del patriarcado, de la desposesión racial, étnica y cultural, del dominio devastador de la naturaleza.

## V

En fin, de la evidencia de su extrema destructividad no se deduce necesariamente la transición desde el capitalismo hacia una forma de sociedad sin explotación. Una herencia vinculante del pensamiento de Marx para el discurso crítico fue que, en lugar de detallar los perfiles de un futuro emancipado, insistiera en indicar la transitoriedad del capital, del que las crisis constituyen un «aviso» (42, 642). Su idea sería que la negación del todo antagonista no tiene necesariamente que ocurrir, pero que debería ocurrir, y que no es improbable que ocurra como respuesta racional a las dimensiones gigantescas de su devastación. Lo que no niega, claro, el carácter esencialmente abierto del porvenir ni excluye las posibilidades apocalípticas.

Tal vez el análisis marxiano de las crisis necesite como marco interpretativo la perspectiva sobreañadida del proceso histórico capitalista como un continuo de explotación. Desde esa perspectiva, se revela como desastre no éste o aquel episodio de crisis económica, sino la catástrofe permanente que constituye el orden burgués. A la contracción de las conciencias hasta el punto cero del miedo y la impotencia efecto de la crisis, habría que oponer la visión de la destructividad inmanente a totalidad del proceso de capitalización. Como enseñó Benjamin, lo terrible no es sólo la amenaza angustiosa de la crisis, sino la catástrofe de que todo permanezca igual. La normalidad es el estado de excepción. ■

# TODESKONJUNKTUR

## Die Rüstungs-Industrie betet:

„Je mehr Chinesen ihr Leben verhauchen,  
umso kräftiger unsre Schloten rauchen:  
Tausend tote Chinesen  
decken schon unsre Spesen.  
Hunderttausend tote Chinesen  
und wir werden genesen.  
Zehn Millionen tote Chinesen  
könnten uns von der Krise erlösen.

Oh, Herr! Steh bei uns Herrn der Erde,  
daß das Feuer im Osten größer werde!“

Schneider-Creuzot

Armstrong

Vickers

Bethlehem Steel

Krupp

Skoda

Montage:  
JOHN  
HEARTFIELD